



## Capítulo 178

El líder de las Hojas Sombrías, Draim, se distanció del marqués Palatio justo después de conocer a cierto hombre la última vez.

Sin embargo, distanciarse no significaba que hubiera abandonado su deber como guardaespaldas.

Aunque desde el principio había tenido dudas sobre la misión y había sido amenazado por aquel hombre sospechoso.

Al final, las Hojas Sombrías deben obedecer las órdenes de la reina sin cuestionarlas.

En otras palabras, hasta que se revocara la orden, no tenía más remedio que proteger al marqués Palatio, le gustara o no.

En cambio, Draim optó por observar al marqués desde la distancia.

Por supuesto, la protección a corta distancia era la norma, pero no había otra manera.

«No es un hombre cualquiera».

Un hombre tan poderoso que ni siquiera el propio Draim podía garantizar la victoria.

El que lo había amenazado en un instante.



Un hombre cuya fuerza era incommensurable.

Además, irradiaba un fanatismo inquietante mientras protegía al marqués Palatio.

Incluso más que los guardias personales de la reina.

Temiendo conflictos innecesarios, Draim tomó una decisión.

Protegería al marqués manteniéndose a una distancia que le permitiera pasar desapercibido.

Mirando atrás, Draim creía que su juicio había sido acertado.

El loco ya no se había fijado en él.

Era natural, ya que Draim había triplicado el perímetro de protección.

Por eso Draim nunca había imaginado...

que él mismo sería descubierto.

—Guh...

Con los ojos temblorosos, Draim miró fijamente a la figura que tenía delante.



Bajo la luna azul, un relámpago dorado crepitó y se extendió en todas direcciones.

Un hombre bestia con una expresión tan escalofriantemente impasible que parecía congelar el mundo.

«¿Cómo... me han descubierto?».

Draim no podía comprender la situación.

No, más precisamente, no podía aceptar cómo lo habían descubierto.

Pero no tenía tiempo para darle vueltas al asunto.

«—»

Cuanto más se prolongaba su silencio, más se le cerraba el nudo en la garganta.

«Espera...».

Justo cuando el sofocado Draim intentaba hablar apresuradamente...

«Lo escuché».

«... ¿Qué?».

«Deus me lo dijo. Son ustedes, ¿verdad? Los elfos que siguen al Maestro a escondidas».



El hombre bestia, Seolrang, habló.

Su voz no transmitía ninguna emoción.

«No diré mucho. Mantente alejado del Maestro».

«No tenemos intención de hacer daño al marqués Palatio...».

«Eso no me importa. El simple hecho de tener plagas sospechosas cerca del maestro ya es bastante desagradable. A menos que...».

Los ojos dorados de Seolrang brillaron como un relámpago.

«¿Debería matarte a ti y a todos los que están detrás de ti?».

Un aura asesina que le erizó todos los pelos del cuerpo.

Sin embargo, incluso ante tal intención asesina, Draim esbozó una amarga sonrisa.

«... Qué arrogante».

Seolrang no respondió.

En su lugar, activó en silencio la Manifestación del Dios del Trueno.



¡¡Crackle—!!

En un instante, un rayo dorado recorrió el cuerpo de Seolrang, condensándose en su interior.

Como si fuera incapaz de contener la inmensa energía, el rayo comprimido estalló hacia afuera, tiñendo toda su forma de luz dorada.

A diferencia de su anterior batalla contra el Apóstol, el uso de Seolrang de la Manifestación del Dios del Trueno fue mucho más estable esta vez.

Los ojos de Draim se abrieron con sorpresa al verlo.

La energía mágica que irradiaba Seolrang era cualquier cosa menos ordinaria.

Y entonces...

«Recuerda mis palabras, elfo. Esta es tu última advertencia».

.....

«Aléjate del Maestro. No vuelvas a aparecer ante mí. Si lo haces, te mataré a ti y a todos los que estén detrás de ti».

«... ¿Crees que eso es posible?».

Draim se burló de la pura arrogancia de esas palabras.



«Sí. Porque no seré solo yo...».

Los labios dorados de Seolrang se curvaron en una sonrisa escalofriante.

«Yutia también se mudará».

Y entonces...

¡Crack!

El cuello de Draim quedó aplastado.

«Ah, qué pena».

Cuando su cabeza cortada cayó al suelo, el mundo se puso patas arriba ante sus ojos.

Y en ese paisaje desolado, vio...

«Si eres una sombra, entonces solo tengo que dar ejemplo matándolos a todos».

Bajo la luna azul en medio del desierto, unos inquietantes ojos dorados lo perseguían.

Y...

—¡Ay!



Draim escupió sangre al despertarse.

«¡Capitán!».

«¿Está bien?»

«¡Las secuelas de la magia de las sombras...!».

Sus subordinados corrieron hacia él alarmados.

Apoyado por ellos, Draim se recostó contra una roca y se agarró la cabeza palpitante.

«No actúes precipitadamente».

«... Lo siento».

Los subordinados inclinaron la cabeza ante las palabras de Draim.

Sin embargo, todos mostraban expresiones de total confusión.

Porque sabían exactamente lo que significaba...

que su capitán despertara tosiendo sangre.

«Ja...».



Sintiendo la confusión que se apoderaba de él, Draim exhaló un suspiro tenso.

«No solo me encontró en el desierto, sino que también descubrió que era una sombra. ¿Cómo demonios...?».

Las preguntas llenaban su mente.

Y entonces, su rostro se retorció por la sorpresa.

Hasta ahora, solo una persona había sido capaz de ver a través de su magia de las sombras de inmediato.

Lo que significaba que el hombre bestia con el que acababa de encontrarse...

«... Eso es una locura».

Una maldición se escapó de los labios de Draim antes de que pudiera contenerse.

Sus subordinados se estremecieron ante la inusual imagen de su capitán perdiendo la compostura.

Pero los pensamientos de Draim estaban en otra parte...

obsesionados únicamente con el marqués Palatio.

«¿Qué es ese hombre...?»

Seres tan abrumadoramente poderosos actuando con timidez y ansiosos por recibir elogios... era absurdo.

«¿Debería regresar e informar primero?».

Los pensamientos de Draim se intensificaron.

\*\*\*

Alon se sorprendió brevemente por el repentino uso de honoríficos por parte de Carmaxes III.

«Ejem, mis disculpas. Últimamente he estado leyendo libros sobre etiqueta».

Al darse cuenta de la reacción de Alon, Carmaxes III bajó rápidamente el tono.

A Alon le pareció extraño: ¿realmente un rey necesitaba estudiar etiqueta? Pero decidió aceptarlo por el momento.

Sin embargo, a partir de ese momento, el banquete se volvió cada vez más incómodo.

«¿Le gusta la comida?».

«Está deliciosa».



«Si algo no sabe bien, avísame. Lo volveré a preparar inmediatamente».

«Ah, sí...».

Carmaxes III nunca antes se había preocupado por la comida, pero ahora le prestaba atención.

«Ah, por cierto, ¿estás cómodo en el gremio? Si te resulta difícil quedarte allí, puedes alojarte en el palacio real».

«¿El palacio real, dices?».

«Sí. ¿Qué opinas?».

«Te agradezco mucho la oferta, pero tendré que rechazarla».

«¿Entiendo? Es una pena. Pero si cambia de opinión, hágamelo saber, lo trataré como a un invitado de honor».

«Sí».

De repente, el rey le ofrecía un lugar en el palacio por bondad.

Y al final...

«Marqués».

«Sí».



«¿Hay algo que le resulte incómodo o que necesite?».

«... ¿Me estás preguntando si necesito algo?».

«Sí. Si hay algo que necesites, solo tienes que decirlo. No escatimareé esfuerzos para proporcionártelo».

«Si se me ocurre algo, te lo haré saber».

Parecía desesperado por hacer algo por Alon.

«¿He hecho algo mal? Si no es así, ¿hay algo que quiera de mí?».

Naturalmente, surgieron sospechas y preguntas.

Sin embargo...

«Bueno, pues me voy».

«Ja, ja, de acuerdo. Si alguna vez necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela!».

«Entendido».

Al final, el banquete concluyó sin que se hiciera ninguna petición.



Alon apenas logró deshacerse de Carmaxes III, que parecía reacio a dejarlo ir, y subió al carruaje.

—Marqués.

«¿Qué pasa?».

«¿Por casualidad has encontrado algún tipo de ventaja sobre Carmaxes III?  
¿Algo incriminatorio sobre él...?»

Evan, que lo había acompañado, también percibió algo inusual y preguntó.

Alon negó con la cabeza.

—Por supuesto que no.

«Me lo imaginaba».

«Sí».

«Pero entonces, ¿por qué se comporta así?».

«Eso no tengo ni idea».

«... ¿De verdad no lo sabes?».

La cara de Evan mostraba un atisbo de sospecha.



Alon se encogió de hombros como diciendo que estaba diciendo la verdad.

«Sí, realmente no lo sé».

«... Mmm, qué raro».

De hecho, el propio Alon era el más desconcertado.

No tenía ni idea de por qué Carmaxes III actuaba de esa manera.

Mientras las preguntas sin respuesta persistían, el carruaje pronto llegó al edificio del gremio de Seolrang.

«Seolrang».

«¡Oh! ¡Maestro! ¿Está aquí?».

En cuanto vio a Alon, Seolrang le echó los brazos al cuello, le rodeó la cintura con las piernas y se aferró a él como una cigarra.

Alon ya no se sorprendía por sus excesivos saludos y simplemente le preguntó:

«Fui al palacio, pero no estabas allí. ¿Dónde fuiste?».

«Oh, me dirigía al palacio, pero de repente recordé algo y me desvié».



«¿Algo que olvidaste?».

«¡Sí! Tenía que hacer algo y se me acaba de ocurrir~».

¡Asiente, asiente!

La cabeza de Seolrang se movió energicamente.

Como un padre que respeta la privacidad de su hija adolescente, Alon decidió no indagar más.

Al día siguiente, tras recuperarse del cansancio del banquete...

«¡Buenos días!».

A primera hora de la mañana, Karsem llegó al frente de un grupo de soldados.

«... Karsem, cuánto tiempo sin verte».

«¡Sí!».

Karsem no solo había perdido peso, sino que sus músculos también se habían vuelto más pronunciados, abultándose a través de su ropa como si declararan su presencia.

A su lado, Evan murmuró entre dientes: «Vaya, la vida es realmente injusta».

Alon asintió casi inconscientemente.



«¡He oido que te diriges a las ruinas! ¡Te acompañaré!».

La voz atronadora de Karsem resonó.

«¿Escolta...?»

«¡Sí!»

Alon miró a los soldados que estaban en formación detrás de Karsem y dudó un momento.

«... Esto me parece un poco excesivo para una escolta».

No era solo un comentario improvisado, era un hecho.

Incluso a simple vista, el número de soldados que Karsem había traído superaba fácilmente a varios cientos.

Sin embargo...

«¡No, marqués! ¡Ya que te vas, es lo más natural!».

«?»

Karsem respondió con firmeza, sin la menor vacilación.



Aunque siempre era un poco exagerado, hoy había algo en él que parecía... extraño.

«... ¿Por qué sus ojos parecen aún más ansiosos que antes?».

Alon no podía quitarse de la cabeza la sensación de que la mirada de Karsem estaba llena de una reverencia aún más profunda que antes.

Era diferente de la admiración que había percibido en el pasado.

«¿Qué demonios le pasó para que se volviera así?».

Una nueva pregunta se formó en la mente de Alon, pero...

«... Muy bien, lo dejaré en tus manos».

«¡Sí, señor!»

Le resultaba demasiado incómodo preguntarlo directamente, así que, sin más comentarios, Alon se dirigió a las ruinas.

En poco tiempo llegaron a su destino.

Cuando el sol comenzó a salir, Alon se dirigió hacia la torre central, caminando a través de las ruinas que ahora le resultaban familiares.

Entró en la torre y subió a los pisos superiores.



Y después de un tiempo...

Lo que apareció ante su vista no era un dragón...

«... ¿Eh?».

—pero un colgante rojo y una sola letra.

\*\*\*

Al mismo tiempo que Alon descubrió el colgante rojo en las ruinas...

En el palacio real del reino de Ashtalon, Zakurak, que estaba junto al rey Stalian V, recibió una carta de una extraña criatura que entró volando por la ventana.

«¿Una carta de ese lado?».

«Sí».

«... ¿Un espíritu?».

«Son sus parientes».

La letra era borrosa, su forma titilante.

Zakurak la tomó y la abrió de inmediato para leerla.



Entonces...

«Je».

Su pesada armadura de color oscuro se movió ligeramente cuando sus hombros temblaron de risa.

«¿Qué te hace tanta gracia?».

Al oír la risita, el rey Stalian V levantó una ceja con curiosidad.

«Lo siento, pero necesito actuar solo por un tiempo».

«... ¿De repente?».

«Sí. Sería complicado mudarnos juntos».

«¿Qué pasa?».

«Hay algo que necesito confirmar».

«¿Confirmar?».

Stalian V se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en los documentos.



Como aún no había comenzado nada importante, la ausencia de Zakurak no causaría ningún problema.

Así que...

«Está bien. Debe de ser importante».

Él asintió con indiferencia y tomó otro documento.

«Sí. Necesito confirmar si el marqués Palatio es realmente un amigo cercano de aquel a quien servimos».

«Tiene sentido. El marqués Palatio es amigo íntimo de aquel a quien sirves...».

«... ¿Qué?».

Stalian V levantó la cabeza por reflejo.

«... ¿Qué acabas de decir?».

Sin darse cuenta, las palabras se le escaparon de los labios.